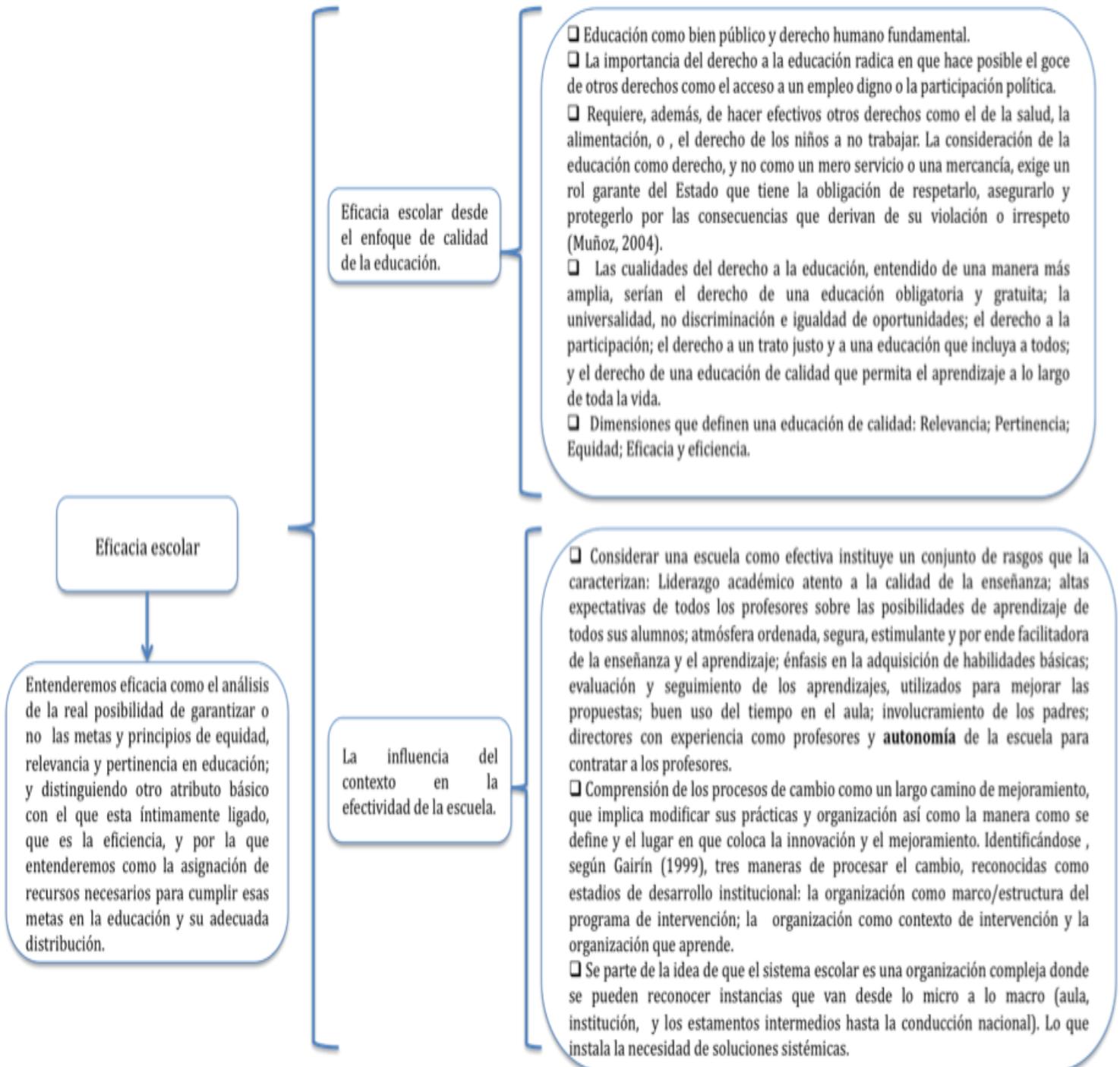
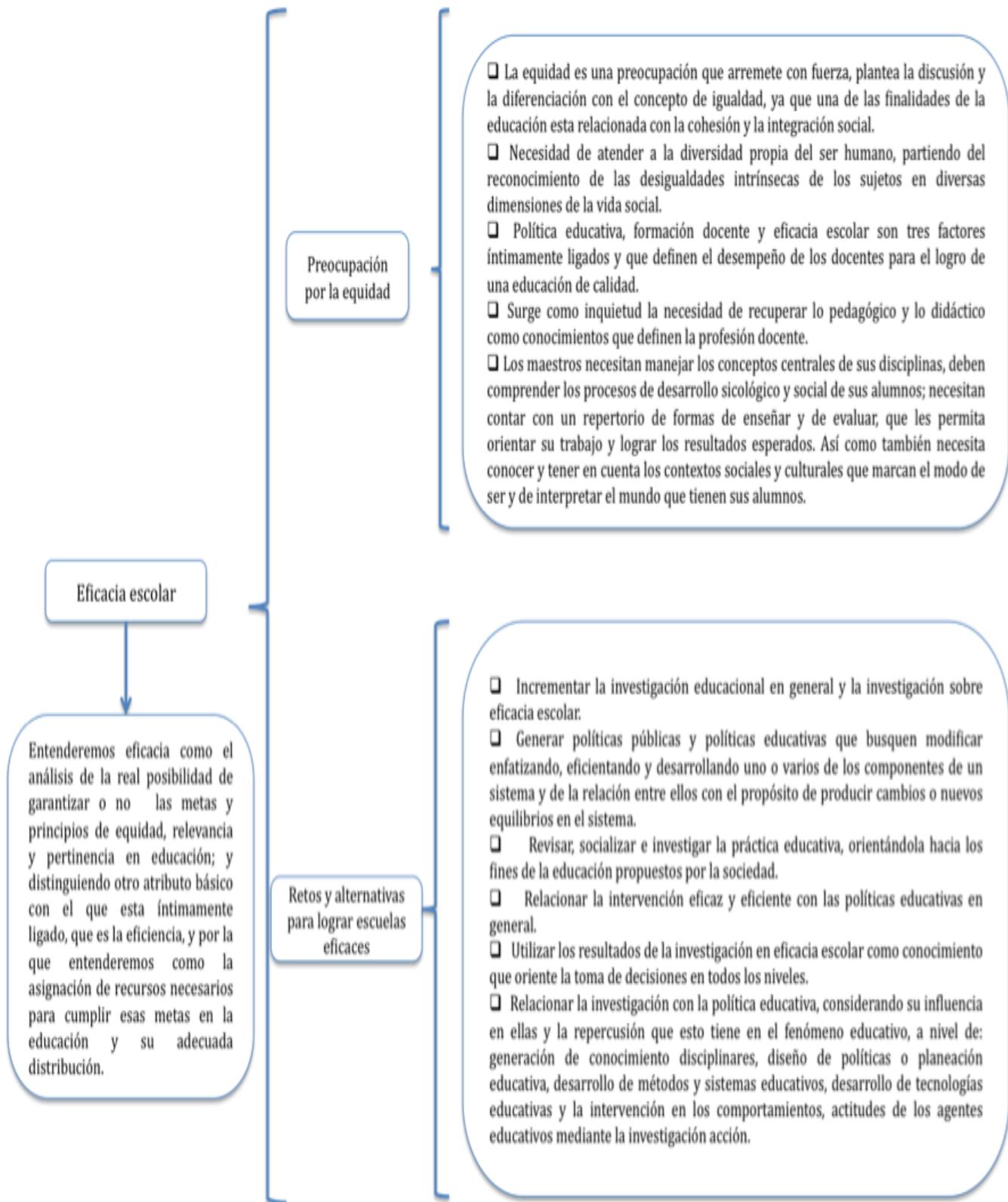


Eficacia escolar y factores asociados. En América Latina y el Caribe.

Autores: Rosa Blanco; Inés Aguerrondo; Gloria Calvo, Gabriela Cares, Leonor Cariola; Rubén Cervini, Nora Dari, Eduardo Fabara; Liliana Miranda; F. Javier Murillo; Rosario Rivero; Marcela Román y Margarita Zorrilla.





“Privar a un niño de su derecho a la educación es amputarlo de esa primera comunidad donde los pueblos van madurando sus utopías” (Ernesto Sábato)

La educación entendida como bien público se constituye en un derecho humano fundamental. Esta afirmación precisa que comprendamos que la educación no constituye un mero servicio, pues al ser un derecho, permite acceder a otros derechos y requiere, entonces, de un rol del estado como garante de respeto, aseguramiento y protección del mismo. Comprenderla como un derecho implica entender las cualidades de esta condición, que están dadas principalmente por “el derecho a una educación obligatoria y gratuita; la universalidad, no discriminación e igualdad de oportunidades; el derecho a la participación; el derecho a un trato justo y a una educación que incluya a todos; y el derecho a una educación de calidad que permita el aprendizaje a lo largo de toda la vida”, (Blanco, 2008). Todos aspectos que apuntan a la consecución de una educación de calidad como aspiración permanente de nuestra sociedad y sus sistemas educativos.

“La educación no solo enriquece la cultura ...Es la primera condición para la libertad, la democracia y el desarrollo sostenible” Kofi Annan

El derecho a la educación y la búsqueda de calidad de la misma implican factores ideológicos y políticos que van dando cuenta de los sentidos que le asignamos a la educación, así como también, de las diferentes concepciones que construimos respecto del desarrollo humano como del aprendizaje, en función de nuestros valores como cultura, dando cuenta así de la educación como un proyecto cultural que se sustenta en una serie de valores y concepciones respecto del tipo de sociedad que queremos y al tipo de ser humano que esa sociedad requiere.

Procurar la presencia de dimensiones como la relevancia, pertinencia, equidad, eficacia y eficiencia, son elementos claves a la hora de hablar de calidad en la educación. Identificar el sentido, su finalidad y contenido, así como el grado en que satisface las necesidades e intereses del conjunto de la sociedad, tiene como propósito lograr el pleno desarrollo de la persona humana y su dignidad, fomentando de esta manera el respeto por los derechos fundamentales y la participación en una sociedad libre, que responda a las demandas de la actual sociedad del conocimiento y la velocidad de sus cambios. Aprender a conocer, a hacer, a ser y a vivir juntos se constituyen en los referentes básicos que nos ayudan a establecer cuales deben ser los aprendizajes más relevantes en la educación. Por otro lado la necesidad de significancia de la educación en función de los distintos contextos sociales y culturales, es lo que impulsa la búsqueda de su pertinencia, transitando de esta manera hacia una pedagogía de la diversidad que permita optimizar el desarrollo personal y social de los sujetos en la sociedad, desarrollando su autonomía, autogobierno, libertad y la propia identidad, considerando las diferentes capacidades e intereses de manera de apropiarse, entonces, de los contenidos de la cultura tanto mundial como local.

Otro aspecto clave en lo que a calidad respecta, es la equidad, referida a la democratización en el acceso y apropiación del conocimiento, otorgando a todos las mismas posibilidades de apoyo, excelencia y opciones de futuro. Equilibrando de esta manera los principios de igualdad y diferenciación respecto a las oportunidades educativas. Esto implica cautelar la eficiencia y eficacia como atributos básicos de la calidad en educación, comprendiendo la eficacia, como el análisis de la real posibilidad de garantizar o no las metas y principios de equidad, relevancia y pertinencia en educación y por otro lado la eficiencia, como la asignación de recursos necesarios para el logro de esas metas en educación y su adecuada distribución. Sin embargo, ser conscientes de estas dimensiones y su importancia, no necesariamente ha permitido superar los diversos problemas de calidad que las distintas sociedades y culturas enfrentan, por lo que a partir de ello es preciso preocuparnos de impulsar políticas que apuesten al cambio en la escuela y en las personas que la constituyen, vale decir, en la comunidad educativa como tal.

“Una escuela eficaz es aquella que consigue un desarrollo integral de todos y cada uno de sus alumnos, mayor de lo que sería esperable teniendo en cuenta su rendimiento previo y la situación social, económica y cultural de las familias” (Murillo 2005:25)

Velar por el progreso de nuestros alumnos, considerando el contexto para cautelar una toma de decisiones pertinente y ajustada a sus características e historia; visualizar la excelencia estrechamente vinculada a la equidad; y establecer el desarrollo integral de los alumnos como meta central e irrenunciable de todo centro y sistema educativo, son retos ineludibles que la escuela de hoy necesita enfrentar, si queremos alcanzar la eficiencia y eficacia escolar. Recobrando de esta manera la confianza en las reales posibilidades del sistema educativo para transformar la sociedad, disminuyendo las desigualdades sociales y replanteando el principio de igualdad de oportunidades. Reafirmando la necesidad de la instalación de una cultura colaborativa que implica que las escuelas se transformen en comunidades que compartan metas, que impulsen el trabajo en equipo, que manifiesten altas expectativas de logro, que trabajen en la coherencia del currículo, de las estrategias de enseñanza y de la evaluación, que se ocupen del clima escolar y del aula y que propicien el compromiso e implicación de toda la comunidad educativa, a partir de un cambio en la visión del liderazgo educativo y de la instalación de una cultura autoevaluativa como elementos clave para lograrlo. Comprender, entonces, qué ocurre en los centros y en las aulas, visibilizar las contradicciones de las prácticas cotidianas de enseñanza, así como las relaciones de poder que en ellas se dan, son factores que no podemos dejar de considerar a la hora de intentar comprender el fenómeno educativo y orientar la toma de decisiones políticas que apunten al desarrollo de la calidad expresada en la eficacia y eficiencia de los centros, sistemas educativos y sus procesos culturales.

Desarrollar una cultura de la eficacia, implica necesariamente, comprender e instalar un sentido de comunidad, expresado en la claridad de la escuela al abordar su misión y centrar sus esfuerzos en el logro de un aprendizaje integral de conocimientos y valores expresados en los objetivos educativos que toda la comunidad escolar conoce, comparte y discute constantemente, con el propósito de mejorar la calidad de sus procesos. Otro elemento importante, en este aspecto, lo constituye la preocupación conciente respecto del clima escolar y de aula; el tomar conciencia de la necesidad de establecer buenas relaciones entre los miembros de la comunidad escolar es un factor que incide en el desarrollo de un autoconcepto positivo, de una sana convivencia social y por ende del logro del rendimiento cognitivo de la escuela. Todas las situaciones y condiciones antes mencionadas requieren de una dirección escolar comprometida con los docentes, los alumnos y la comunidad; colegiada, pues debe compartir información, decisiones y responsabilidades con otros, conformando equipos de trabajo, preocupándose del desarrollo profesional de sus profesores, fomentando la participación de la comunidad educativa en la toma de decisiones organizativas de la escuela, la que debe acompañarse necesariamente de la presencia de un currículo de calidad, de una buena gestión del tiempo y de un espacio con instalaciones y recursos adecuados a las necesidades emanadas del proceso de enseñanza aprendizaje. Colocando de esta forma a la escuela como el centro del cambio, y entendiendo el cambio como un esfuerzo sistemático y continuo que pretende modificar las condiciones de aprendizaje con el propósito de alcanzar eficazmente las metas educativas.

Evaluar la escuela en función del progreso de aprendizaje de sus estudiantes, comparando sus logros iniciales con el valor agregado, permite explicar los factores propiamente escolares que afectan a cada realidad e identificar, entonces, posibles soluciones ajustadas a cada contexto social y cultural de cada centro. Mejorar la escuela desde esta perspectiva, sería, según Muñoz Repiso y otros, (2001):

“un proceso de cambio sistemático y continuo de un centro docente para alcanzar determinadas metas educativas de una manera más eficaz, a través de la identificación, reformulación y optimización de los elementos fundamentales del centro y su interrelación, que es desarrollado desde el centro y apoyado desde el exterior, con la implicación de la mayoría de los agentes que forman parte de la comunidad educativa.”

Esto implica comprender los procesos de mejora de la escuela como procesos de largo plazo, que tienen una serie de singularidades y cuyo objetivo general es la calidad en la educación. Sin embargo, el logro de este propósito, requiere dar importancia a la organización y a sus procesos culturales, discutir los resultados de la escuela para tomar decisiones, considerar los puntos de vista de los implicados en los procesos como datos relevantes para abordar la mejora, observar la escuela como una institución dinámica y centrarse más en la cultura escolar que en la estructura escolar para comprender el potencial para su desarrollo.

Transitando de esta manera hacia una escuela como una organización que aprende, que busca la educación efectiva y la mejora para lograr la eficacia, incrementado de esta forma su capacidad de transformación y de abordar los cambios de manera continua. El proceso para lograrlo, sin duda, es largo e implicará que la organización modifique desde sus prácticas hasta la manera como se define. Y es en ese sentido que José Gairín (1999), distingue tres estadios de desarrollo institucional, que explican y dan cuenta de la manera graduada en que se procesa el cambio; un primer estadio que observa la organización de la escuela como soporte para la innovación proporcionando los espacios, tiempos, normativas, recursos humanos u otros requerimientos, referido a la organización como marco/estructura del programa de intervención. Un segundo estadio, que implica una posición activa por parte de las organizaciones, estableciendo un compromiso que exige una toma de conciencia colectiva, más allá del aula o de la acción individual del profesor, referido a la organización como contexto de intervención; y un tercer estadio que apunta a un compromiso de la organización de institucionalizar los cambios que se plantean progresivamente a partir de las innovaciones, aprendiendo de su propia experiencia, desarrollando un compromiso político con el cambio y con las nuevas prácticas, referido a la organización que aprende. Reconocer y comprender estos estadios reafirma la necesidad de mayor conocimiento respecto de la estructura, organización y cultura de la escuela así como de su contexto, pues como consecuencia de ello se podrán generar propuestas claras y ajustadas que permitan lograr la calidad de la educación a nivel de todas las escuelas.

Ahora bien, si partimos de la base que el sistema escolar es una organización compleja con instancias que van desde lo micro a lo macro (aula, institución, estamentos intermedios hasta la conducción nacional) podremos visualizar, tal como lo señala Fullan, la necesidad de instalar soluciones sistémicas, prácticas y efectivas que permitan transformar el sistema a través de acciones concientes, deliberadas y reflexivas.

“La escuela/comunidad es el primero de estos niveles; el distrito o la región es el nivel del medio; y el centro o el nivel de la política el tercero. La construcción de la institucionalidad se define como acciones que llevan al incremento del poder colectivo de un grupo para mejorar el logro de los estudiantes especialmente elevando el nivel y cerrando la brecha entre ellos. La construcción de institucionalidad sinergiza tres cosas nuevas: nuevas habilidades y disposiciones; recursos mejorados y focalizados; motivación nueva y compromiso enfocado. Se puede pensar en la construcción de la institucionalidad en cualquiera de los subniveles, pero acá estoy enfatizando la capacidad general de tres niveles del sistema” (Fullan, 2005)

Existe una necesidad respecto de que las escuelas mejoren y cuando iniciamos el proceso de cambio, el centro educativo, es uno de los elementos esenciales en el logro de este objetivo. Se requiere entonces, de la evolución de los docentes desde lo individual a lo colectivo, es decir, generar aprendizaje colectivo. Se requiere, además, de instalar formas de trabajo que promuevan la participación de la comunidad escolar y especialmente de los alumnos. Conceptualizar el liderazgo como una tarea compartida por muchas personas, considerando relevantes las interacciones y comunicaciones informales

entre los docentes y reconociendo el cuestionamiento y la reflexión como procesos importantes que aportan claridad y otorgan significados compartidos a las prioridades de desarrollo. Todos estos, elementos claves, a la hora de hablar de mejora en la escuela y donde el contexto inmediato y mediato tienen indudable influencia.

Los esfuerzos de mejora en la escuela producirán el incremento de resultados de alumnos y docentes, resultados que podrían expresarse en los alumnos a partir del desarrollo de su pensamiento crítico, del incremento de su capacidad de aprender, del desarrollo de su autoestima, así como también en la mejora de los resultados tanto en pruebas externas como en los exámenes. Y que en los docentes, se expresa en el incremento en el trabajo en equipo, las oportunidades para el aprendizaje profesional y un aumento de la responsabilidad, así como también en los cambios que puedan producirse en la cultura escolar.

En tal sentido el cambio está orientado hacia la equidad y la búsqueda del desarrollo integral del alumno a partir de sus condiciones sociales, económicas y culturales. Reconociendo las desigualdades de los sujetos en diversas dimensiones de la vida social, partiendo del reconocimiento de las diferencias. Elementos eminentemente políticos, que constituyen parte relevante de la tarea de ser profesor, pero que sin embargo son muy poco abordados por estos.

A partir de ello es que vale la pena preguntarse si ¿será acaso qué la formación inicial de nuestros docentes carece de preparación para abordar estos aspectos?; si ¿podríamos considerar como una necesidad sentida el incremento de la práctica en docencia de pregrado con el propósito de entregar oportunidades de materializar la teoría aprendida en el aula en propuestas de acción concretas y reales?; o será también ¿qué aún cuando tengamos las intenciones y mejoremos la formación de pregrado, la ausencia de autonomía de nuestras escuelas, impide lograr cambios más trascendentes y que impliquen una verdadera transformación en ella?

Es evidente que necesitamos cambios en la formación inicial docente, si queremos que nuestros docentes se impliquen y comprometan con los procesos de cambio e innovación, recuperando lo pedagógico y lo didáctico como elementos que definen la profesión.

“Necesitamos que manejen conceptos centrales de sus disciplinas, que comprendan los procesos de desarrollo psicológico y social de sus alumnos, que cuenten con un repertorio de formas de enseñar y de evaluar que les permita orientar su trabajo y lograr resultados. Necesitan conocer y tener en cuenta los contextos sociales y culturales que marcan el modo de ser y de interpretar el mundo que tienen sus alumnos. Reflexionando sobre lo que es educar, el valor de la educación y su contribución para la vida social y ciudadana.” (Ávalos, 2006)

Recuperando la convicción de que el oficio del docente es vital para el logro de la equidad y la cohesión social, lo que instala la necesidad de incorporar en la formación

inicial docente políticas de equidad educativa y eficacia escolar, que no solo dependen de la voluntad de las organizaciones de educación superior sino que también de la voluntad y compromiso de los gobiernos y de su capacidad de instalar y desarrollar políticas públicas adecuadas que impulsen una real transformación educacional y social.

Las decisiones gubernamentales vinculadas al cambio y la investigación como actividad científica en este ámbito son herramientas poderosas que permiten propiciar los cambios y desarrollar una comprensión más amplia y compleja de lo que significa tener derecho a la educación. Así como también integrar una nueva forma de entender la escuela, como el lugar y la organización en que acontece el aprendizaje, asignándole importancia en la construcción de la calidad y de la equidad como elementos consustanciales de la educación como un derecho de todos. En tal sentido los estudios sobre la innovación, cambio o mejora de la escuela nos enseñan que hacer ante el propósito de innovar, cambiar o mejorar, orientando los procesos de transformación a nivel de gestión y de lo pedagógico.

Esto implica asumir la autoevaluación institucional comprendiendo que este proceso debe ser seguido inmediatamente de un plan de mejora adecuadamente planificado y desarrollado; implica generar acciones que impulsen el desarrollo profesional docente, considerando en ellas la importancia que tienen los docentes y sus cambios en el éxito de los procesos; además de considerar la importancia de la investigación, ya sea sobre el currículo considerándolo como un elemento problemático y discutible, al que le podemos alterar objetivos, contenidos, metodologías y materiales como una estrategia de cambio y mejora escolar o impulsando procesos de reflexión/acción provenientes de la investigación/acción, con el propósito de mejorar las prácticas docentes. Considerando como factores fundamentales en la consecución de cambios: la tensión de la escuela como centro de cambio y el cambio centrado en la escuela, que nos da cuenta de la importancia de que los cambios surjan desde la propia institución y sus necesidades, para que efectivamente puedan ser asumidos por la comunidad y hacer posible una mejora real. A partir de lo mismo, contemplar que el cambio depende de los docentes como un aspecto quizás sencillo, pero complejo a su vez, pues necesariamente involucra lo que conocemos como cultura escolar, recogiendo el conjunto de elementos de lo que los docentes hacen y piensan y que justamente es lo que complejiza los procesos de mejora. Y por último, considerar la dirección, que también juega un papel fundamental en esto, al establecerse como colegiada, participativa, pedagógica y para el cambio, como un factor determinante para el logro de procesos exitosos.

Todo esto implica comprender la escuela como comunidad de aprendizaje y por supuesto considerar aquellos rasgos característicos, que plantea Bolivar (2000), como puntos clave dentro de este tipo de organizaciones. La presencia de una visión y misión de la escuela, clara y accesible, compartida por la mayoría de manera que sea significativa y este presente en la toma de decisiones. La presencia de una cultura escolar colaborativa, con creencias compartidas, ideas y materiales y comprendiendo la necesidad de un

desarrollo profesional continuo. La presencia de una estructura escolar donde se distribuya la autoridad, donde las decisiones se tomen por consenso y se participe en reuniones para enfrentar y solucionar los problemas, facilitando de esta forma el trabajo en equipo. La presencia de estrategias escolares sistemáticas para establecer los objetivos de la escuela implicando a la comunidad educativa, asegurando la existencia de planes de desarrollo institucional, revisando de manera permanente metas y procesos, asegurando procesos de seguimiento para ello. La presencia de políticas y recursos tanto para el desarrollo profesional docente, como asistencia técnica para implementar nuevas prácticas y como una forma de acceso a diferentes recursos para la comunidad. Permitirán, entonces, cambiar la forma de enseñar y aprender, centrándose en las habilidades de orden superior, vale decir, enseñar a pensar, utilizando una amplia gama de estrategias, metodologías, técnicas y procedimientos evaluativos, combinándolos de manera de ofrecer una formación integral. Instalando la preocupación por la autoestima de los alumnos por la estrecha relación que esto tiene con su rendimiento académico y su mayor desarrollo social. Y por último elevar las expectativas que se tienen de los estudiantes, como uno de los factores de eficacia que inciden en el rendimiento escolar.

Debemos comprender que tanto los conocimientos, actitudes y subjetividad de los docentes, así como su formación y práctica pedagógica son factores que están asociados a los aprendizajes que alcanzan efectivamente los estudiantes. Pues determinan la pertinencia, relevancia de los contenidos curriculares implementados, así como también determinan la utilización del tiempo, la motivación, la actitud y el clima en el que ocurre la enseñanza. Identificando y analizando los efectos en el aprendizaje de ciertos factores y variables propias del que enseña, del que aprende y del proceso de interacción en que esto ocurre. Mejorando la calidad de la educación en la medida que actuamos sobre aquellos factores modificables y logramos, como meta central, desarrollar en todos nuestros alumnos, aprendizajes que les garanticen disponer de conocimientos, capacidades y competencias necesarias para su inclusión y movilidad social, es decir, exigir una educación de calidad para todos, en coherencia con su condición de derecho humano fundamental (como una acción concreta y no solo con un mero discurso o promesa política del gobierno de turno).

Reconocer como desafíos (como organizaciones de educación superior formadoras de docentes) el fortalecer e incrementar (en la formación docente inicial y en el ejercicio de la profesión) la profundización en los niveles de apropiación y manejo de las áreas del saber, a partir del dominio de los contenidos disciplinares de lo que se enseña. Incorporar el trabajo en equipo docente entregando criterios y estrategias que lo potencien en sus efectos para mejorar tanto la enseñanza como el aprendizaje en las escuelas, instalándolo en la cultura docente desde su formación inicial. Manejar la diversidad dentro del aula y comprender la heterogeneidad estudiantil atendiendo a este aspecto como principio. Incorporar las TIC con un uso pedagógico, apuntando al incremento de la calidad en nuestra educación; parecen ser entre otros factores, aquellos que debiesen orientar las políticas de formación y capacitación docente y que resultan fundamentales a la hora de hablar de cambios, mejoras y transformaciones en nuestra educación.

“La escuela está en un momento difícil. Los profundos y acelerados cambios sociales de este final de siglo la tienen desconcertada y desbordada por problemas que parecen irresolubles. Además, las reformas y contrarreformas del sistema educativo a veces sirven más para aumentar el desconcierto entre los docentes que para infundir entusiasmo a quienes deben hacerlas realidad. En esta situación, todos los profesionales de la educación, cada cual desde nuestro ámbito, tenemos la obligación de ir proporcionando a la escuela herramientas y luces para que encuentre la respuesta que se está requiriendo de ella y tenga la fortaleza suficiente para llevarla a la práctica.” (Mercedes Muñoz Repiso Izaguirre, 2001)

Bibliografía:

- ⇒ Mata Benito, Patricia; Ballesteros Velázquez, Belén (2012). Diversidad cultural, eficacia escolar y mejora de la escuela: encuentros y desencuentros. Revista de educación 358, Mayo – Agosto 2012. España.
- ⇒ Muñoz – Repiso, Izaguirre, Mercedes (2001). Lecciones aprendidas para el sistema español. Cuadernos de pedagogía Nº 300, Marzo 2001.
- ⇒ Murillo, Torrecilla, F. Javier (2003). El movimiento teórico práctico de mejora de la escuela. Algunas lecciones aprendidas para transformara los centros docentes. REICE. Revista electrónica Iberoamericana sobre calidad, eficacia y cambio en educación. Volumen I, Nº 2.
- ⇒ Murillo, Torrecilla, F. Javier y otros (2007). Investigación Iberoamericana sobre eficacia escolar. Editorial Convenio Andrés Bello, Colombia .
- ⇒ UNESCO-LLECE (2008). Eficacia escolar y factores asociados. Santiago de Chile: OREALC/UNESCO